

títulos episcopales i eclesiásticos, cualesquiera que sean, de las ciudades o del territorio del Reino Unido. El segundo declaraba nulo todo acto hecho por personas que llevasen los títulos prohibidos. El tercero legalizaba la confiscación a provecho de la corona de toda propiedad dejada o transmitida, bajo cualquiera título que sea, a personas designadas bajo títulos prohibidos. El cuarto era relativo al testimonio de las personas encausadas por los dos artículos anteriores.

¿Qué cambios ha hecho el ministerio en estas disposiciones? El ministerio retira enteramente los artículos segundo i tercero, i con ellos el cuarto que era su corolario. El *bill* se reduce, pues, al artículo 1.º, que prohíbe tomar títulos de ciudades i territorios del Reino Unido. ¿Qué significa este *bill* modificado de esta manera?

No pensamos traducirlo muy libremente, sino conformarnos con exactitud a su letra i a su espíritu, resumiéndolo así: «Será ilegal llamarse arzobispo de Westminster, arzobispo de Dublin, arzobispo de Armagh; pero los actos hechos por personas que tomen estos títulos, i en su cualidad de arzobispos de Westminster, de Dublin, o de Armagh, serán reconocidos como válidos por las cortes del reino. Además, las donaciones, los legados hechos al provecho de personas designadas bajo títulos ilegales i en su cualidad de arzobispos u obispos de sillas, cuyos títulos son prohibidos, serán válidos a los ojos de la ley.»

Preguntamos si una corte de justicia que haya admitido la validez de un acto hecho i firmado por Monseñor Murray en su cualidad de arzobispo de Dublin, o un legado dejado a su favor, i que él reivindica como titular de esta silla; si despues de esto podrá condenar al mismo prelado de Irlanda a cien libras de multa?

Cuando un arzobispo u obispo irlandés nombra un sacerdote para cura de una parroquia, le da el acto de nominación en su cualidad de arzobispo u obispo. En los casos en que hai legados a favor de las parroquias, los curas se presentan a reivindicarlos, i justifican su petición probando por su título de cura que son realmente curas de las parroquias designadas por los legatarios. Las cortes de justicia admiten como pruebas los actos espeditos i firmados por los arzobispos i obispos católicos en su cualidad de titulares de las sillas cuyos nombres toman.

Largo tiempo hace que las cosas pasan de esta manera en Irlanda, no obstante que una ley prohibía a los prelados, bajo multa de cien libras, tomar títulos de sillas ocupadas por obispos anglicanos. La jurisprudencia ha mirado como nula la prohibición que se halla en la ley de emancipación, i que el *bill* de Lord Russell pretendía hacer revivir.

Pero Lord Russell i Sir G. Grey han tomado la resolución de borrar las tres cuartas partes del *bill*, para no producir embarazos en el ejercicio de las funciones episcopales i en los usos de las cortes de justicia de Irlanda. Continuará haciéndose lo que hasta hoy se ha hecho sin ninguna alteración. Los actos de Monseñor Murray, en cualidad de arzobispo de Dublin, continuarán haciendo fé ante los tribunales; i las funciones episcopales serán tan espeditas como antes.

¿Qué significa, pues, el *bill* reducido a su artículo único? NADA. No podrá tener aplicación en Irlanda, pues que la interdicción que formula es ya ley del país. Su único objeto es generalizar una disposición que antes era limitada a las sillas anglicanas. ¿Pero qué importa esto? Si la antigua ley fué impotente para impedir a los obispos católicos tomar títulos de sillas anglicanas, ¿cómo llegará la nueva ley a impedir tomar títulos que los anglicanos no reivindican?

La Inglaterra va a aprovecharse de todo lo que se ha concedido a Irlanda. Los actos del arzobispo de Westminster tendrán, en virtud del mismo *bill* una validez legal. Podrán dejarse a beneficio de la

arquidiócesis de Westminster legados, que el arzobispo titular de esa silla reivindicará ante los tribunales.

El *bill* no califica los casos en que se incurra en la multa de cien libras, i sus autores se verían bien embarazados para definirlos. Estos casos correrán en Inglaterra la misma suerte que en Irlanda, donde jamás ha llegado el caso de un procedimiento contra los obispos por haber tomado títulos prohibidos. La nueva ley quedará en estado de letra muerta como la antigua; i las cortes de Inglaterra, reconocerán, como en Irlanda, la validez de los actos del Arzobispo de Westminster.

El gabinete inglés no ha tenido franqueza en su conducta. En lugar de retirar simplemente el proyecto entero, ha querido modificar su obra. Sir G. Grey ha sostenido seriamente que el gabinete faltaría a sus deberes respecto de la corona, si no estendiese el *bill* a la Irlanda, donde jamás la ley ha sido aplicada. Pero sea adoptado, el *bill* o no, es por su naturaleza inaplicable. Los miembros protestantes de la Cámara no aceptan esta mistificación, i votarán con los católicos contra los restos del *bill*.

No obstante esto, al mismo tiempo que el gabinete luchaba en el parlamento, los obispos católicos de Inglaterra daban sus mandamientos de cuaresma firmados con sus títulos de Westminster, Hexham, Newport &c.

Lord Russell recibió una nueva derrota en otra cuestión, i los famosos discursos de Palmer i otros oradores, no ménos que la opinion pública daban ya seguridad de que el *bill* no será adoptado. En resumen: Lord Russell combatido por el parlamento en su intolerancia, no quiere confesar que retira su *bill*, i deja de él una parte inútil, que le vale la repulsa de los mismos protestantes fanáticos.

(L' Univers.)

1879 VARIETADES.

Instrucción pastoral de Monseñor Juan Santiago Fayet, Obispo de Orleans, sobre la Iglesia, i sobre los ataques que contra ella se dirijen en nuestros dias.

JUAN SANTIAGO FAYET, POR LA GRACIA DE DIOS I DE LA SANTA SEDE, OBISPO DE ORLEANS; AL CLERO I FIELES DE NUESTRA DIÓCESIS, SALUD I BENDICION EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

(Continuación.)

De aquí podemos concluir, carísimos hermanos, que si la Iglesia católica ha resistido constantemente, no con armas, no por rebeliones sino con la paciencia i la oración a ataques que tocan en la raya de prodijiosos, su existencia envuelve alguna cosa sobrenatural, i que si todos los pueblos sucesiva i vanamente han aceitado contra ella todos los medios de destrucción que disponen, jamás será posible a los hombres conmoverla i mucho ménos destruirla. El tiempo sin otro auxilio, logra arrastrar en pos de sí las mas fuertes instituciones; una ley fatal de deterioro i de muerte, mina sordamente las mas firmes bases de las cosas humanas; despues de una duración mas o ménos prolongada, los establecimientos que en nuestro orgulloso lenguaje, llamamos eternos, se hunden de súbito i caen con estrépito unos sobre otros, como esos deshechos castillos que con tanta fatiga habian levantado las manos débiles de la infancia. Solo la Iglesia en medio de tantas ruinas no experimenta decadencia ni vejez: siempre antigua i siempre nueva, arrostra, con semblante tranquilo i sereno, los estragos del tiempo, i los embates aun mas furiosos i mas terribles de las pasiones humanas. Desencadenándose la impiedad sobre la tierra ha podido a menudo degollar a los sacrificadores i a los pontífices, proscibir los fieles, profanar los templos, destruir los altares, i cebándose en la aflijida Iglesia, aplaudirse de haberlo destruido todo, como en otro tiempo se habia aplaudido el Señor

de haberlo eriado todo; pero al día siguiente no mas, de esas horribles persecuciones, entonces la Iglesia el cántico de la restauracion: su culto recuperaba su santa pompa, sus ministros, sus apóstoles i los pueblos, leían atónitos sobre su frente coronada de heridas i de victorias: *Ved aquí a la que se le prometió, que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella.* (Math. 16, 18.)

No se sabe qué admirar mas, si esa proteccion invisible que permite que la Iglesia sea siempre atacada, para sacarla siempre victoriosa; o esa ceguera sobrehumana, que burlada de continuo, conserva de continuo la vana esperanza de destruirla. Hai en esto un profundo misterio, carísimos hermanos, i por no comprenderlo os aflijis sin medida a la aparicion de los menores peligros i *temblais de miedo aun cuando no hai motivo de temer por ella.*— (Ps. 12, 9.)

Cuando Jesucristo fundó su Iglesia, la dotó de cuanta perfeccion podia tener, i antes de decirle: *Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre i del Hijo i del Espíritu Santo.* (Math. 28, 19), quiso constituirla tan sólidamente, que su gobierno, su administracion, su jerarquía i su potestad quedasen a prueba de las innovaciones i de las mudanzas que atormentan a las cosas humanas. Apareció, pues, la Iglesia católica, en el mundo enteramente formada i como un pueblo separado de los demas pueblos por su lengua, sus costumbres i sus leyes; no tuvo que pedirle a la gran familia humana, a quien venia a reunir bajo el cetro suave i ligero del Evangelio, mas que un poco de agua para su bautismo, un poco de pan i de vino para su sacrificio, la libertad de respirar i de vivir en el seno de la madre comun; prometiendo en retorno de la hospitalaria acogida que se le diera, una civilizacion i virtudes tales, cuales nunca habia llegado a imaginar el espíritu humano en sus mas hermosos delirios.

Todo el mundo confiesa que sus beneficios han excedido a sus promesas. El alma se llena de inconsolable dolor cuando contempla los grandes trabajos i los bárbaros tratamientos a costa de los cuales compró el derecho de hacer bien a los hombres entre los pueblos que primero visitó: ni fué mejor tratada en la serie de los tiempos posteriores, cada página de su historia rebosa en ultrajes, i humillaciones i males de todo jénero: todos los puntos del globo quedaron uno en pos de otro regados con sus lágrimas i con su sangre. En vano se quisiera dudarle: la voz de sus dolores resuena en todo el universo i siempre ha debido su fecundidad a sus trabajos, su poder a sus abatimientos i sus conquistas a sus mártires.

Si, carísimos hermanos, tal ha sido i tal será hasta el fin su gloriosa i santa carrera. Siendo su destino continuar la mision del Hijo del Hombre i ejercer el mismo ministerio; por medio de la Cruz únicamente derramará las gracias i los méritos de la Cruz; dejaría de ser la esposa querida del Redentor de las naciones, si no participara de su suerte i no retratara su vida: *Acordaos de la palabra que os he dicho: basta al discipulo ser tratado como su maestro i al siervo ser tratado como su Señor. Si pues a mi me han perseguido, a vosotros os perseguirán tambien; pero cuando el mundo os aborreciere, acordaos que su odio me persiguió a mi primero. Ved, pues, que os envío como ovejas en medio de los lobos: estad alerta contra los hombres, porque ellos os harían comparecer ante sus asambleas i os azotarán en sus sinagogas i seréis a todos odiosos, a causa de mi nombre. Pero no temais a los que solo pueden matar el cuerpo...., Yo he vencido al mundo.*— (Math. 10, 16 et seq. Joan. 15, 18.)

Destinada a jimir i padecer, desde su nacimiento, la Iglesia llevará siempre sobre su cabeza la corona de espinas, en sus manos la caña de la pasion, i sobre sus castas espaldas la púrpura irrisoria que echaron sobre las espaldas del Rei de los Reyes. Siendo su

destino, como el Hijo del Hombre, no gozar aca abajo de reposo perfecto, continuamente está agitada por las persecuciones. Pero ¡cuán envidiable es vuestra suerte oh esposa querida del Salvador de los hombres! Cuánto mas os colmen de ultrajes i de menosprecio, mayor número de hijos dareis a Dios; cuanto mas flaca i destruida os crean, mas revestida de fuerza i de fecundidad estareis; los ángeles del consuelo no os abandonarán en vuestras angustias, i siempre que la mano del impío se levante contra vos, al fin quedará seca i perecerá!

Para comprender lo misteriosa constitucion de la Iglesia católica, es necesario tener a la vista la vida i la muerte de su Divino Fundador, i fijarse con especialidad atentamente en las últimas escenas de su pasion. Nada pasó en Jerusalem que no se renueva en donde quiera que los Apóstoles anuncian el Evangelio. Los diversos tribunales ante los cuales compareció sucesivamente Jesucristo; los falsos testigos que le acusan i se contradicen; los jueces apasionados a quienes incomoda la lentitud del procedimiento i para abreviarlo le condenan a muerte; ese Herodes que hace que sus cortesanos le escarnezcan i que le pide milagros; esos eridos que le escupen a la cara para congraciarse con sus amos; esa profunda política que no sabe qué pensar de su divinidad i sin mas averiguaciones le envía al suplicio; esos escribas, lejislas i doctores que asisten llenos de risa a su agonía i que le invitan a que descienda del trono de sus dolores para proclamarle rei de los judios; ese pueblo voluble i frenético que ayer arrojaba sus vestidos para que por sobre ellos pasara su Mesias, i que a la mañana siguiente gritaba atumultuado: *Que su sangre caiga sobre nosotros i sobre nuestros hijos*, i hasta ese miserable ladrón que exhala el alma blasfemándole sin saber por qué; todo ese horrible conjunto de odio, de envidia, de orgullo, de formas judiciales i de pasiones furiosas, de sofismas i de barbarie, tal es ¡ay dolor! la historia de Jesucristo i tal es tambien la historia de su Iglesia: quien contempla a la una contempla a la otra; i la prueba quizá mas irrefragable que de su divinidad ha dejado el Salvador del mundo, es la de haber podido formar sobre la tierra una sociedad que le fuese en todo semejante, que viviera de su propia vida, i que como él *pasará, haciendo el bien entre trabajos i persecuciones.*

Seguid a la Iglesia en su desarrollo i en su marcha a través de los pueblos i oireis las mismas imprecaciones, testigos de las mismas escenas, advertireis los mismos artificios, la misma hipocresía, las mismas violencias. No bien habian acabado de leer ante Pilatos los doctores de la Sinagoga su acusacion contra el Salvador, cuando ya otros sofistas la repiten palabra por palabra ante los procónsules del imperio: *¿Quién eres tú para darnos leyes? ¿Qué milágras haces? Tu enagñas a los hombres, sublevas las jentes, tu convueves a los pueblos* (Math. 16. 1.) (Luc. 23. 21.) *Bastantes pruebas tenemos contra ti ¿para qué tantas esplicaciones?* (Math. 26. 65.) *Que muera el Nazareno, que sea crucificado.* (Luc. 23 21.) habian dicho los judios en la puerta del pretorio..... *Que los cristianos sean arrojados a los leones*, responden los paganos (Tertul.) *Que la Iglesia sea condenada al menosprecio del mundo; que la oprima, la atormente i la crucifique*, dicen los pueblos menos antiguos. ¡Oh profundidad de los consejos de Dios! ¡Oh destino admirable de su Iglesia! del calvario cae en el anfiteatro, i del anfiteatro en manos de los sofistas: su suerte no se muda, solo cambian los suplicios. Por qué deseará la verdad en los labios del Mesias sus contemporáneos no pudieron tolerar su presencia; i por que la verdad se escapa de la boca de la Iglesia, vuestras pasiones no pueden, sin estremecerse, escuchar su voz; cuantos falsos doctores i falsos profetas no infestaban la Judea con los mas estravagantes doctrinas, en tiempo de Jesucristo! ¡Sin embargo ni a uno solo se le acusó de engañar a los pueblos

¡Cuántas sectas mentidoras han profusado después los mas funestos errores! ¡y no obstante, jamás el mundo las ha amenazado con su indignación.

Solo contra el verdadero Dios y contra la verdadera Iglesia se excita en el hombre degenerado el sentimiento del odio, y de un odio tan encarnizado y tan vivo, que si la Iglesia pudiera personificarse en un solo hombre, o si el Hijo de Dios reapareciera entre nosotros con su admirable dulzura, su divina caridad y el celestial cortejo de sus incomparables virtudes, pero fulminando rayos contra la hipocresía, la sensualidad y la codicia; predicando en las plazas públicas la penitencia, la caridad, la restitucion de los bienes ajenos.....preciso es confesarlo, sordo a sus divinas voces, el mundo buscaria otro monte para crucificarlo allí de nuevo (San Agustin.)

Triste pensamiento sobre el cual seria preciso apresurarnos a correr un velo de pudor, si entregados a nuestras propias inspiraciones fuéramos capaces de concebir tan negros designios. Pero el hombre deja de serlo, cuando revuelve en su imaginacion esos criminales proyectos; impelido entonces por una fuerza superior a las suyas, *obedece al gobernador de las tinieblas, al principe del siglo que pidió que la Iglesia naciente fuese cribada, como se acostumbra eribar el trigo.* (Luc. 22, 31) ¿quién otro que el padre de la mentira puede inspirar en el corazon de los impíos ese odio prodigioso, que parece traspasa los límites de lo posible? ¿El corazon humano encontraria dentro de sí mismo tan fecunda fuente de errores? Las pasiones ardientes, que con la blastemia en la boca y la tea en la mano se precipitan sobre la Iglesia ¿en qué otra parte podrian encenderse, sino en las llamas del abismo?

No, ¡esto explica digámoslo de paso, aquella dulce compasion de la Iglesia para con sus mas crueles perseguidores; ella tiene el secreto de su debilidad, y sabe que nunca son mas dignos de lástima que cuando se dejan arrastrar hasta el extremo de no saber lo que hacen. Como toda madre tierna, ama mas a los hijos que mayores pesadumbres le causan: sus gemidos son oraciones. Constantemente la esperiencia le ha enseñado que nuestro espíritu débil y escaso se deja fácilmente facinar y seducir por el espíritu embustero que desde el principio fué homicida (Joan 8. 44.) Este espíritu es el único que puede aguzar la pluma del ateo, acercándola y afilándola mas que los instrumentos terribles de muerte.

Las persecuciones de la espada tienen treguas y tiempo de reposo; pero las persecuciones de los filósofos y de los sofistas, jamás se cansarán. Ved a la Iglesia católica no bien habia escapado de los letrados de la Judca, cuando tiene que haberselas con los filósofos de la Grecia: levanta un altar en las catacumbas y al momento los sofistas desterrados de Roma son llamados para auxiliar la violencia de los Césares. Con esta clase de enemigos, los combates son de cada dia, y cada dia es preciso vencer o sucumbir. Por donde quiera que los apóstoles imprimian sus huellas tropiezan con una raza de hombres turbulentos y orgullosos, hábiles en el arte de pulir y limar los discursos, acostumbrados a preferir sus errores, si ellos mismos los han encontrado, a la verdad descubierta por sus rivales; doctos presuntuosos sin saber nada, pródigos de sarcasmos, pobres de razones, audaces contra el buen sentido y la evidencia, hambrientos de gloria, que serian capaces de poner fuego a los cuatro ángulos del mundo, por el gusto de hacer ruido o de presentar un hermoso incendio (Leibu.); y a donde quiera, en fin, que la Iglesia forme un rebaño y coloque un pastor, los sofistas se deslizan entre las ovejas para echar jermenes de descontento y sembrar la discordia. ¡Infelices tiempos aquellos en que se multiplican sobre la tierra y en que cada aldea tenga el suyo! Cuéntase que hai ciertos rios cuyas aguas

enturbian continuas tempestades, y sobre los cuales estallan siempre los rayos; pero cuando los sofistas se cansen de ser simples consejeros de las naciones y se hagan sus soberanos, esos sombríos y tristes sitios presentarán apenas una pálida imájen de la sociedad humana, asolada por su palabra. Una vez puestos en posesion del crédito de los antiguos oráculos y del poder de los antiguos Césares, se precipitarán sobre la Iglesia con todo el peso de su grandeza; y entonces será el principio de los dolores estremos, entonces échará menos su edad primera y la espada de sus tiranos.

¿Están por ventura muy distantes de nosotros esos tiempos calamitosos, cuando rumores siniestros y síntomas aterradores nos anuncian su aproximacion? ¿Qué es lo que veis, qué escuchais? Atended a lo que está pasando. Las ciencias arrancando nuevos secretos a la naturaleza han ensanchado su dominio; la casualidad y el ingenio tropezándose en nuestros dias se han reunido para hacer poderosos descubrimientos. Prodijios no ménos admirables en el órden moral concurren con los descubrimientos del órden material. Al mismo tiempo que el espíritu científico hacia brotar del mas ténue de los elementos, una fuerza capaz de conmovier los montes y de hacer correr casas movibles, con la velocidad del viento; el espíritu de las innovaciones descubria en la palabra humana, no ménos ligera que el vapor, una palanca bastante poderosa para derribar los imperios, un poder de dominacion capaz de encorvar los pueblos mas orgullosos, no bajo el yugo de las armas sino bajo el yugo de las arengas y de simples discursos. La palabra humana ha sido por tanto, proclamada reina de las naciones y se afanan en levantarle tronos en donde quiera que ha prometido crear un mundo de felicidades, en vez del mundo de miserias que los hombres habian habitado por largo tiempo. Su soberanía ha sido reconocida entre aclamaciones populares; los antiguos reyes abaten humildemente el orgullo de sus diademas ante esta nueva majestad, y todas las voces de la fama publican del uno al otro polo, que en lo sucesivo será mirado como bárbaro y esclavo todo pueblo sobre el cual no reine la palabra.

Mas para introducir las sociedades humanas en la prosperidad de este nuevo imperio, ha sido forzoso desquiciarlás una en pos de otra de sus antiguos fundamentos. Ya no les conviene nada de lo que las habia hecho existir y durar hasta el presente. Hasta su misma gloria ha envejecido si ya no se la reputa gloria; hoy no se aprecian aquellos sentimientos jenerosos de honor, fidelidad y patriotismo que hacian latir el corazon de nuestros abuelos. El lenguaje culto y elegante suple por todas las virtudes y reasume en sí solo toda prosperidad y toda magnificencia; por consiguiente las creencias, las instituciones y las costumbres han de ser renovadas bajo el imperio de este nuevo monarca, y la palabra humana luchando en fuerza con *palabra de Dios*, pretende a su turno crear tambien una nueva tierra y un universo distinto.

Empero como las obras del tiempo pasado no han podido venir al suelo sin dejar montones inmensos de ruinas, en medio de esas ruinas se levanta la Iglesia católica, como un monumento en el desierto. Grande es el lugar que ella ocupa sobre la tierra, inmenso en algun modo, puesto que los obreros creadores, se dice, temen les falte espacio para asentar sus nuevas construcciones. *Derribémosla, pues,* gritan los sofistas en la embriaguez de los recientes triunfos de la palabra humana, persuadiéndose de que la Iglesia no podrá resistir largo tiempo a la suya. De aquí nace ese tono imperativo con que de algun tiempo a esta parte le exigen en diversidad de escritos y de discursos que renuncie a lo pasado, que se rejuvenezca, o de no que desaparezca.

(Continuará.)